

NUEVOS ESCENARIOS

El socialismo de los privilegiados

INTERNACIONAL

10-11-2021

Marco
Gervasoni



¿En qué momento la izquierda se convirtió, en los últimos veinte años, en el “partido” de los privilegiados, de la élite, del *establishment*? Una afirmación que se disputan casi todos los líderes del campo progresista, excepto los de la extrema izquierda o los notando pensantes; como por ejemplo Massimo D'Alema, en una entrevista con Aldo Cazzullo publicada en el *Corriere della Sera* el pasado 6 de noviembre.

Se trata de un problema histórico, filosófico y político interesante. Desde que nació el sector de la izquierda, con la Revolución Francesa, ha estado varias veces al gobierno, pero eso no lo había transformado en el partido de los privilegiados, algo más que una cuestión de sentido y de rédito. Salvo en los países comunistas: allí sí, la izquierda era el partido del *establishment* (pero aún viven los regímenes comunistas), de la élite, precisamente del régimen.

Y que este proceso sea internacional, no solo europeo, se entiende por el caso de Estados Unidos. De hecho, sólo en las últimas décadas la izquierda se ha identificado con el Partido Demócrata y viceversa. En los días de Carter, pero incluso de Clinton, había grandes sectores de Demócratas conservadores, bien representados por diputados y senadores. Y, sin embargo, los liberales estaban parte, no necesariamente eran la mayoría del partido; tanto que, durante su primera campaña presidencial, Clinton tuvo que jurar y perjurar que él no era un liberal, a diferencia de su esposa. Hoy en día, esos pálidos senadores Demócratas que se oponen a la política socialista de facto de Biden en el Parlamento son marginados, insultados y amenazados con la expulsión.

Este giro a la izquierda, esencialmente impuesto por el obamismo, pero llevado a cabo ahora (veremos hasta cuándo) por Biden, no coincidió, sin embargo, con el regreso del voto obrero y trabajador hacia el Partido Demócrata. Una hemorragia que se inició en el tiempo de la catastrófica candidatura de George Mc Govern en 1972 (el verdadero mentor de los Demócratas actuales), intensificada en los años de Reagan con el llamado *blue collar Reaganism* (Reaganismo de cuello azul), y luego llevada a cabo con Trump, paradójicamente más en la desafortunada campaña de 2020 que cuatro años antes. De hecho, podemos decir que cuanto más el Partido Demócrata se consolida como de los privilegiados, los dominantes, la élite, el *establishment*, más acentúan sus políticas de izquierda, socialistas a nivel económico y de guerra cultural (*woke*, lo políticamente correcto, *critical race theory*, la teoría de género, etc..) en el plano de los valores.

El golpe reciente en Virginia, un estado que ciertamente no es profundamente republicano, indica que la mezcla de asistencia social con subsidios más la guerra

cultural *woke*, tan amada por Silicon Valley, un poco menos por los propios californianos, no solo horroriza a los *blue collar* sino también a la clase media, aquella que quizás siempre votó por los Demócratas. El socialista alemán August Bebel, a finales del siglo XIX, definió el antisemitismo, generalizado en la clase obrera alemana, como “el socialismo de los imbéciles”. En cambio, podríamos llamar a la política progresista de hoy “el socialismo de los privilegiados”.

Aquí no queremos aburrir al lector con la naturaleza y los orígenes de estos cambios, sino solo para concluir con dos reflexiones de dos periódicos de Nueva York, entre los más prestigiosos del mundo, uno conservador, el *Wall Street Journal*, el otro progresista, el *New York Times*. Curiosamente, ambos están de acuerdo en escribir que el progresismo se ha convertido ahora en la ideología de las clases dominantes. Y dominantes incluso de una manera mucho más brutal que en el pasado, a pesar del lenguaje “inclusivo” y políticamente correcto.

En el periódico Wall Street (con tendencia a la izquierda, olvídense de Gordon Gekko o su homónimo) el exeditor y ahora columnista Gerard Baker (*For Privileged Progressives, 'We' means 'you'*, 1º de noviembre) escribió que la izquierda moderna, ahora inmersa en una “religión secular”, repite a todos que no son de izquierda o no lo son más y que son “más competentes y virtuosos que ustedes, la clase inferior”. Baker se da cuenta que, en los últimos cincuenta años, la izquierda “tiene ahora el control total del *establishment*”. Ahora son los “amos” y, obviamente, como todos los maestros de la historia, desde los jefes tribales hasta los patricios romanos, desde los monarcas absolutos hasta los tiranos totalitarios, “su superioridad se ve en el hecho de que los deberes que imponen no se aplican a ellos mismos. Se aplican sólo a ustedes, los no iluminados”. El reciente ambientalismo del G20 en Roma y Glasgow es un buen ejemplo de lo que escribe Baker.

En el New York Times, unos días después, David Brooks (*Democrats need to confront their privilege*, 4 de noviembre) escribió que el partido Demócrata, una vez el de los *underdog*, ahora se ha convertido en el de la élite y los privilegiados; que quiere imponer su propia visión del mundo, políticamente correcta, *woke*, “antirracista” y también le sumamos nosotros atea y laicista, a través del forzamiento legislativo, además de impregnar universidades, periódicos y la TV. Según Brooks la reacción del voto en Virginia, sin embargo, indica que Estados Unidos se resiste y que volverá hacia Trump si los Demócratas no saben proponer un “Progresismo para la nación”.

Tenemos muchas dudas de que los progresistas puedan tener éxito en esta tarea: aunque solo sea porque han perdido, incluso los estadounidenses, la idea y la sustancia de la pertenencia nacional. Y si los estadounidenses la han perdido, que aún

mantienen firmemente su soberanía, figúrense los europeos que han cedido gran parte de su soberanía frente a una clase privilegiada, a una élite, a un *establishment* tecno burocrático; que tiene en la UE un súper Estado federal con dominación alemana (no explícita), sobre su punto de conexión, aunque ciertamente no termina en Bruselas.

Esta ideología atraviesa familias políticas, unifica la llamada derecha con la llamada izquierda. En Roma y Glasgow el lenguaje de los “grandes” y de los “poderosos”, como la prensa (aunque sólo la italiana) llama a los presidentes y primeros ministros, en Roma y Glasgow ha sido similar: hemos escuchado a Scholz y Sánchez, que serían la izquierda, hablar de la misma manera que Merkel y Johnson, que serían de la “derecha”, que Macron y Draghi que serían el “centro”. Una nueva *Tina*, como le gustaba decir a Margaret Thatcher (*There is no alternative*), que reemplazó el lenguaje único de los tiempos de la globalización Félix entre los noventa y principios del 2.000, por un nuevo pensamiento único, pandémicamente y políticamente correcto.

Lo llamaremos con el acrónimo SDI, socialdemocracia inclusiva. Todos a favor de la “inclusividad”, la palabra clave del lenguaje neo orwelliano que significa que los derechos de las minorías prevalecen sobre las mayorías. Todos a favor de subir los impuestos y luego “redistribuir” (de ahí el carácter socialista). Todos a favor de las leyes policiales del pensamiento: porque la inclusión es un valor sagrado, pero solo si piensas como ellos. No vale para ti: de hecho, el nuevo lenguaje SDI es mucho más violento, censorador y engañoso que el *Tina* de Maggie o el pensamiento único de la globalización Félix. En aquellos días al menos se permitía la disidencia, hoy ni siquiera eso, si tan solo te permites ir más allá del perímetro de la “inclusividad”.